

El armario de la ginebra

El armario de la ginebra

LESLIE JAMISON

TRADUCCIÓN DE ISABEL VERICAT



sextopiso

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Titulo original
The Gin Closet

Copyright © 2010, Leslie Jamison

Primera edición: 2013

Segunda edición: 2014

Imagen de portada

© *Pierreuses au bar*, Pablo Picasso / ADAGP / VEGAP

© Traducción de la edición mexicana: ISABEL VERICAT

© Adaptación de la traducción para la edición española: SEXTO PISO
ESPAÑA

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S.A. DE C.V., 2014

París #35-A

Colonia Del Carmen,

Coyoacán, C.P. 04100, México, D.F.

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.

c/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda

28014, Madrid, España.

www.sextopiso.com

Diseño

ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Formación

QUINTA DEL AGUA EDICIONES

Impresión

KADMOS

ISBN: 978-84-15601-81-4

Depósito legal: M-19837-2014

Impreso en España

ÍNDICE

Stella	15
Tilly	69
Stella	105
Tilly	159
Stella	231
Tilly	283
Stella	295
Agradecimientos	307

Para mis abuelas
Patricia Cumming Leslie
y
Mary Dell Temple Jamison

Oh, amor, ¿cómo llegaste aquí?
Oh, embrión

Recuerdo, hasta dormida,
Tu posición cruzada.
La sangre brota límpida

En ti, rubí,
El dolor
Al que despiertas no es el tuyo...

SYLVIA PLATH, «Nick y la palmatoria»

STELLA

En Navidad encontré a la abuela Lucy tendida en el linóleo. Se había caído. El refrigerador zumbaba detrás de su cuerpo desnudo como una matraca letal. Tenía pañuelos desechables ensangrentados hechos bola en los puños, pero estaba viva y hablaba.

—Lo único que quería era un yogurcito —dijo—. Me ha salido sangre de la nariz.

Con los brazos aleteando en el aire, buscando donde agarrarse, dedos de humanos, lo que fuera. Fue la primera vez que vi todo su cuerpo —los colgajos de su piel espectral y todas las venas azules por debajo—.

Yo había viajado en tren atravesando el inestable invierno de Connecticut con una rebanada de pan de jengibre y un sándwich de jamón lleno de pedazos de grasa que eran su manjar favorito. Llevaba una bolsa de regalos.

—¿Son para mí? —me preguntó desde el suelo.

Lucy estaba temblando, nunca la había visto así, tan ansiosa por agarrarlo. El rostro retorcido como si estuviera tratando de mantener firmes los rasgos mientras algo sucedía por debajo. Me tomó la mano. Tenía los dedos untuosos de alguna loción.

—Necesito a Matilda —dijo. Con la voz tranquila y segura, como si la petición fuera totalmente razonable. Yo nunca había oído de nadie con el nombre de Matilda.

La agarré fuerte por la muñeca y deslicé una mano por debajo de la corva de su espalda: tenía la piel floja entre las canicas huesudas de la espina dorsal.

—No tires —dijo—. Duele.

Llamé a mi hermano.

—Tienes que preguntarle: «Lucy, ¿te has dado un golpe en la cabeza?» —dijo Tom. Cubrí el auricular del teléfono con

la mano ahuecada y esperé la respuesta de Lucy. Tom estaba a la espera.

—Era sólo yogur —dijo—. Sólo quería un poquito.

Me arrodillé junto a ella. Mis botas rechinaron sobre el linóleo.

—¿Pero te golpeaste la cabeza? ¿Me lo puedes decir?

—Si me la hubiera golpeado, no estaría segura de poder recordarlo —respondió.

Informé a Tom de vuelta. Me dijo que tenía que mantenerla despierta por lo menos dos horas. Era la regla que recordaba sobre conmociones, en caso de que Lucy tuviera una. Tom estaba con nuestra madre, Dora, al otro lado del país, es probable que tomándose un trago de agua mineral en un restaurante del Pacífico donde cada quien pensaba alegremente y sin conmociones acerca de su sushi. Era un lugar de primera, me dijo, misericordiosamente abierto en vacaciones. Era el primer día que mi madre se había tomado libre en el trabajo en meses.

—¿Tom, conoces a alguien que se llame Matilda? —pregunté.

—Un momento —dijo—. Le paso el teléfono a mamá.

La voz de mamá era fuerte y precipitada.

—¡Tienes que hacer lo que Stella dice! ¡Tienes que dejar que ella te cuide!

—¿Estás tratando de hablar a la abuela? —pregunté—. ¿Le paso el teléfono a ella?

—Oh, por supuesto —respondió.

La abuela Lucy agarró el móvil con sus dedos temblorosos. Mi madre hablaba tan alto que su voz sonaba como si subiera del suelo hasta el oído de la abuela Lucy, que se acurrucó de costado y me alcanzó el teléfono con la mano.

—Dos horas, ¿vale? —Oí ruidos de fondo, el tintineo de vasos de cristal y murmullos. Colgué.

La abuela Lucy no quiso ni tarta de jengibre ni té. No quiso regalos. Lo único que quería era irse a dormir. Aún no oscurecía, faltaba mucho. El día se había echado a perder, la

abuela Lucy insistía. Quería despertar y celebrar Navidad al día siguiente.

Miré la hora en mi reloj. Respiré hondo. Dos horas: lo haría. Encontramos un programa especial de vacaciones en la televisión. Dibujos animados de renos de barro que retozaban por la nieve rutilante. Yo tenía que sacudir de vez en cuando a la abuela Lucy para estar segura de que estaba despierta.

—¡Oye! ¡Te estás perdiendo la parte de los renos en la nieve! —exclamé.

—Ese programa es horrible —dijo ella finalmente.

La opinión misma, al decirla en voz alta, pareció darle un segundo resuello, y sugirió que abriéramos los regalos a pesar de todo. Las gruesas cortinas hacían que la luz del sol se sintiera legamosa, como filtrada a través de vendas de gasa. La abuela Lucy vivía en el tercer piso de un edificio de apartamentos con paredes de estuco color de almendras descoloridas. La mayoría de sus vecinos eran ejecutivos bancarios que viajaban al centro de la ciudad a diario.

A mi abuela le encantaba Connecticut. Allí fue donde se enamoró de mi abuelo y donde se casaron. Él provenía de una estirpe de la vieja Nueva Inglaterra, pero fue él quien insistió en que se trasladaran al oeste, para alejarse de su familia. Después partió para vagar por el mundo y nunca regresó. Dejó a mi abuela con una niña pequeña que tuvo que criar por sí sola. La familia de él le prometió todo el dinero que necesitara para el resto de su vida.

La abuela Lucy se había enamorado de toda esa familia —su raigambre, sus tradiciones— y quiso dar a mi madre un sentido de su procedencia, de modo que pasaban los veranos en Cape Cod, en una propiedad familiar que mi madre recordaba con desdén. «No era nada más que un pequeño soborno», me dijo. «Nos daban esa casa en la playa por dos miserables meses. El dinero era como un hijo bastardo en aquel medio: todos sabían que existía pero nunca se oía mencionarlo». Mi madre no tenía ningún recuerdo de su padre, pero la rabia que le tenía era lo bastante grande como para

cubrir años de heridas abiertas. Y se extendía a su gente con una ferocidad que compensaba el sentimiento de perdón de la abuela.

Lucy siempre entendió, sin necesidad de que se lo dijeran, que no era bienvenida en los lugares predilectos de la familia todo el año. Por eso quizás era mejor que se quedara en el oeste. Pero cuando terminó de criar a su hija en Los Ángeles, regresó a esa sagrada desolación, al frío del este y el dinero de Greenwich. Se podía comprar todo lo que quisiera, pero en aquella época no quería mucho y sus austeras habitaciones parecían luctuosas en su pulcritud. «Nunca lo culpó por abandonarla», decía mi madre. «Nunca pude entenderlo».

Lucy era como una niña bien educada con sus regalos navideños, ordenada y atenta. Le había llevado un paquete de varias espumas de baño y un par de agarraderas de cocina que decían en letras incrustadas: SOSTENGO EL MEJOR GUIISO DE NUEVA YORK. Siempre había sabido que la abuela Lucy era muy buena haciendo guisos llenos de sopa cremosa y de maíz en lata, de galletas partidas en trozos. Sus guisos sabían a sal marina y eran suaves como la seda. La abuela nos cocinaba la cena siempre que venía al oeste para cuidarnos, cuando el trabajo de mi madre se volvía especialmente intenso, pero a mi madre normalmente no le gustaba para nada lo que la abuela hacía. «Estos guisos están procesados a tope», dijo. «Voy a tardar años en evacuarlos». De hecho, una vez lo dijo en plena cena. La abuela Lucy frunció el entrecejo y comenzó a retirar los platos de la mesa.

Mi madre siempre había criticado la manera de cocinar de su madre —lo mucho que se esforzaba, y cómo aun así, no lograba hacerlo bien del todo—. La abuela tomaba alegremente recetas de la familia que la había repudiado. «Como si no tuviera ni una pizca de orgullo», decía mi madre. «Y siempre tenían un sabor horrible». Había un pastel de arándanos al que se le caían las hojuelas de la corteza como si fueran piel muerta. «Finalmente se rindió y tiró esas recetas», dijo mi

madre con orgullo en la voz. «He comido muchos pasteles en mi vida, pero nunca uno como éste», remató.

O sea, que esas agarraderas para EL MEJOR GUIISO DE NUEVA YORK eran una especie de guiño, con años de retraso, y también un signo de victoria. Ya no estábamos en el lado del país de mi madre, y la abuela Lucy podía cocinar sus estofados en paz. Miró de reojo sus agarraderas cuadradas con rombos acolchados.

—No puedo hacer nada que sea lo mejor de Nueva York —dijo—. Yo vivo en Connecticut. —Puso los agarradores de cocina pulcramente en la mesita para el café—. Seis clases de baño de burbujas —dijo—. Qué tal...

Cuando se estiró la falda de lana sobre aquellas piernas como palos, sus medias eran lo bastante finas como para dejar ver el deterioro de su edad: moretones color ciruela en las espinillas y los muslos.

—Es como estar dentro de una jaula —dijo, refiriéndose a su cuerpo—. Todo me duele o, cuando no, me pica. —Insistía en que la comezón era mucho más incómoda de lo que yo podía imaginar—. No es *sobre* la piel, es por debajo de la piel —me dijo. Después hizo una pausa como tratando de recordar algo.

—Yo también tenía un regalo para ti —dijo finalmente—. Pero no me puedo acordar de qué era.

Le dije que no nos íbamos a preocupar por eso de momento. ¿Qué le parecía si le preparaba un baño? ¿Tal vez le hiciera bien a su piel?

—¡Usaremos las burbujas! —exclamó.

Estaba tan sola, tan dispuesta a complacerme. ¿Cómo es que yo no lo había visto hasta ahora? Todo su afán devanándose como un ovillo. No se podía anhelar así a no ser que se hubiera estado en soledad durante años, practicando. Ahora su cuerpo era lo bastante débil como para anhelar a su lado.

Llené la bañera con miel de vainilla, su elección, y me senté en el asiento del retrete mientras ella se doblaba —piernas delgadas, vientre blanco, brazos como alas de insecto distendidas y con un brillo tenue por el jabón— bajo el vapor de

la superficie del agua. Traje un libro y mantuve la mirada fija en él, línea a línea, para que no sintiera que la miraba a ella. Levanté la vista una vez. Me estaba haciendo señas con el dedo en gancho para que me acercara. Me incliné hacia ella.

—Ella llenó una bañera —me dijo—. Para que volvieran a la vida.

—¿Qué? —pregunté—. ¿Quién lo hizo?

Cerró los ojos y sacudió la cabeza. Con mucha lentitud, se hundió unos centímetros más en el agua. Por la marca roja de su piel pude ver hasta dónde se había sumergido. ¿Quién había llenado la bañera? ¿Quién había muerto? Podía ser de una película. Yo sabía que veía muchas. ¿Qué más podía hacer, sola todo el día, con cada parte del cuerpo entregando el alma por separado: ojos y piernas, lóbulos del cerebro?

—¿Quién hizo qué? —pregunté de nuevo—. ¿Qué es lo que volvió a la vida?

—Ella era más amable que tu madre, sin importar lo que hiciera. Una vez me pegó aquí, pero siempre era bondadosa por dentro. —Lucy se cruzó la mejilla con dos dedos, dejando una leve marca.

—No sé a quién te refieres —dije yo.

—No. Nunca te hablamos de ella. —Se abrazó a sí misma. Podría haber estado hablando desde pleno sueño.

—¿Nunca me hablaron de quién?

—De Matilda, la hermana de tu madre.

—Tú tienes una... —Me detuve—. ¿Dónde está?

—No lo sé. —Lucy hablaba tan suavemente que apenas podía oírla.

Con su voz ronca, la abuela Lucy me habló de su hija menor en arranques reverentes, como si Matilda fuera un sueño que se perdería si no lo contaba lo bastante rápido. Habían tenido que pasar todos estos años solamente para decir su nombre en voz alta.

La abuela Lucy dijo que había llevado a Matilda —sólo a Matilda, no a mi madre— a las pozas formadas por la marea

todos los veranos. Eso era en Chatham, cerca de la gran desembocadura salada del Atlántico.

—Le mostré los erizos de mar —dijo—. Manojitos de lápices color púrpura.

Le había hablado —a ella y ahora a mí— de las estrellas de mar. Cómo comen con el estómago fuera del cuerpo. Eran color zumo de naranja concentrado, dijo, increíblemente intenso. Tal vez tenía tonos de alimentos congelados en mente para cada animal. Me acordé de todas las veces que mi madre había dicho, «Es simplemente un ama de casa, de pies a cabeza».

—A Matilda le gustaban esas pozas —dijo Lucy—. Realmente le encantaban.

Le gustaba sentir las puntas de los erizos y observar a los cangrejos durante horas, cuando peleaban por guaridas en las grutas de las rocas, pero retrocedió ante las estrellas de mar cuando la chuparon en el brazo.

—Matilda dijo que sintió como si alguien estuviera resollando justo junto a su piel —dijo la abuela Lucy—. Le dije que la estrella tenía una boca en el estómago.

—¿Pensaba que Matilda era comida?

—No. —La abuela Lucy se rio—. Pensaba que era su casa.

Describió el borde de la playa: franjas que se extendían hasta llegar al agua, llenas de una maleza particularmente espinosa. Matilda la llamaba «hierba de la abuela», porque el viento hacía que sonara como el suspiro de una anciana.

—«Hierba de la abuela»... —Lucy hizo una pausa—. Supongo que ésa soy yo ahora.

Sólo cuando empezó a temblar de nuevo pensé que el agua alrededor de su piel se habría enfriado. No se podía levantar de la bañera. Tuve que zambullir los brazos para levantarla. Su cuerpo mojado goteó por mis vaqueros y mi suéter de cachemira. Lucy se sentó en la taza del váter, temblando.

Fue entonces cuando llegó a la parte de las cosas muertas. Una vez mi madre había llenado una bañera con trocitos y fragmentos marinos: un *collage* de percebes gris ceniza en fila

como soldados de juguete, un pequeño rebaño de cangrejos fantasma que trepaban por la bañera, con pasos fatigados, *tic toc*, ancianos en sus caparazones. Con las pinzas daban golpes en la porcelana de la bañera.

—Tu madre los dejaba días enteros —dijo la abuela Lucy—. Así era ella. Siempre curiosa.

—¿Y Matilda trataba de salvarlos?

La abuela Lucy sostenía la toalla alrededor de sus estrechos hombros mientras su pelo blanco goteaba agua del baño. Me contó de esta hija menor —nueva para mí, desaparecida para todos—, la que encontró un mar diminuto muriéndose y pensó que ella podía echarle suficiente agua del baño y volverlo a la vida. ¿Qué pasó? Los percebes fueron arrastrados como escaras por el agua. Los cangrejos no eran de los que necesitan agua alrededor. Se ahogaron.

* * *

En el tren de regreso llamé a mi madre. Le dije que la abuela Lucy necesitaba ayuda.

—Ningún problema —dijo—. Contrataremos a una enfermera por horas.

—La abuela Lucy no necesita ayuda a veces —dije—. La necesita todo el tiempo.

Mi madre era abogada de inmigrantes y poseía la imponente belleza de un hada. Negociaba su agenda diaria como una criatura separada de sí misma, sin concesiones, una fuerza a la que había que obedecer: reuniones con clientes, clases de *spinning*, sesiones de terapia.

—Llamo a mamá todo el tiempo —dijo dolida.

Sabía que si ella hubiera estado en la habitación, habría sacado su agenda para mostrarme donde había marcado con lápiz esas llamadas: pequeñas equis encajadas entre nombres y números telefónicos, entre citas tachadas una, dos, tres veces, hasta que la última hora pendía precariamente en un recuadro apresurado hecho a plumazos. Mis ojos se perdían cuando

miraba esa agenda. Era un laberinto. Sabía que mi madre estaba en algún lugar de ese laberinto.

Nada de eso tenía sentido, dije. ¿Por qué la abuela Lucy estaba desnuda y buscando yogur, y qué pasaba con la hemorragia? ¿Y con que estuviera tiritando? Tal vez sus explicaciones —«me ha salido sangre de la nariz»— eran tiros al aire, sólo palabras que le venían a la mente y le parecían las correctas.

¿Había estado lúcida o no?, preguntó mi madre.

No lo sabía, confesé. Ella se fue por las ramas.

Yo oía un rumor de fondo. Esto quería decir que estaba en un teléfono de altavoz. Era Navidad todavía, incluso en el oeste, pero estaba segura de que mi madre había vuelto a la oficina. Yo sabía que a ella le gustaba pasearse a lo largo de sus ventanales, con los paneles repletos de rascacielos como astillas.

—Es probable que no esté haciendo suficiente ejercicio —dijo—. Apenas sale de casa.

Pensé en la abuela Lucy tendida en el suelo, con las manos aleteando como pájaros. Le había manado un mostacho de sangre de sus narinas como rastros de lombrices.

—No creo que el ejercicio sea el problema, no tanto —dije—. Ella está...

—¿Está cómo?

—Necesita ayuda —vacilé—. Ya te lo he dicho.

Yo sabía que las hijas mayores hacían esto todo el tiempo —hacer un paréntesis en sus vidas para cuidar de los cuerpos debilitados de sus padres, para ayudarlos a comer y sonreír y cagar sin armar ningún lío—. Mi madre quería buscar opciones de cuidado en la casa. No había ningún problema, dijo. Tenía el dinero.

—Pero a madre no le va a gustar. No le va a gustar en absoluto —afirmó.

«Los desconocidos que son amables nunca hacen que las cosas mejoren», me había dicho Lucy. «Hacen que me sienta sola». Ella preferiría dejarse languidecer del todo antes que esta rendición final de someterse al cuidado de una persona ajena.

Sugerí otro plan. Yo podía ir cuatro noches a la semana. Cocinaría y le haría compañía.

—Me harías quedar como una mala hija —dijo mi madre.

—¿Qué?

—Siempre hay *alguien* que se cae, ¿no? Y tú estás allí para recogerlo.

—La abuela se cayó —dije—. Yo no hice que se cayera.

Mamá se quedó callada. Yo también.

—Me habló de Matilda —dije.

Nada.

—¿Mamá?

Finalmente:

—Quería ser yo quien te lo dijera.

—Tuviste años.

—Siempre me lo proponía —dijo—. Pero no lo hice.

Esperé.

—Sabía que pensarías que fui horrible.

—¿Por qué? —pregunté—. Ni siquiera sé qué pasó.

—¿Quieres saber qué pasó? Matilda *nos* abandonó. Primero se fue. Regresó, pero en realidad nunca regresó. Nunca intentó hacerlo.

—¿Se fugó?

—Fue complicado.

—Han pasado tantos años... Bueno, Dios mío, toda mi vida. ¿Nunca quisiste que lo supiera?

—Acordamos que no hablaríamos de esto —dijo—. Era más fácil para Lucy.

—Era. Ahora es diferente.

—¿Qué te dijo de Matilda? —preguntó mi madre—. ¿Con qué tono de voz?

—¿Qué quieres decir?

—¿Estaba enfadada?

—Enfadada no, no tanto. Triste solamente.

—¿Cómo salió el tema?

—No sé, mamá. La abuela estaba tendida en la bañera y divagaba. Se cayó y puede que se diera un golpe en la cabeza;

se había lastimado y estaba siendo sincera. Echaba de menos a su hija. —Hice una pausa de nuevo—. Así fue como salió el tema.

Mi madre estaba callada.

—Quisiera que me lo explicaras —dije—. Cómo pasó...

—Estas cosas pasan, ¿de acuerdo? Cuando ocurre algo así en una familia tratar de explicarlo no hace ningún bien.

Su voz sonaba como campana de bronce, un tañido fuerte y vibrante a través del espacio, tan agudo que era difícil creer que no dejara una intensa resonancia. *Ocurre*. Como los terremotos o el cáncer. Como el constante tictac del reloj de pared de una mujer anciana hecha pedazos. Mi madre no iba a entender lo que le estaba ocurriendo al cuerpo de su madre hasta que lo viera por sí misma.

—¿No sabes nada de ella? ¿Nada en absoluto? —pregunté.

—Sabemos que vive en el desierto —dijo—. Quién sabe en qué lugar en Nevada. O quizás ya no vive allí. Han pasado muchos años desde que tuvimos noticias.

Un momento antes, alguna parte de mi madre había estado abierta —una parte que yo no había escuchado nunca—. Ahora estaba enfadada y crispada de una manera que yo reconocía, dispuesta a sentirse ofendida. Era la misma manera en la que hablaba de su padre si es que alguna vez decía algo de él.

Mi madre fingía haber repudiado a su clan —«sólo un nido de WASP»—, pero su voz delataba notas perdidas de orgullo. Sus antepasados habían sido los promotores y agitadores detrás de la historia temprana de nuestro país. Yo me imaginaba a hombres esqueléticos con anteojos que recaudaban impuestos sobre el azúcar y comerciaban con pieles, y que pagaban a los chicos que limpiaban el té que venía del puerto. De niña me gustaba pensar en el Boston Tea Party. ¿Qué tal si alguien hubiera fundado toda una ciudad sobre un suelo hecho de té compacto, Darjeeling o English Breakfast? ¿Haría que el aire oliera a infusión en el calor de verano?

—Es historia —le dije a mi madre—. Y nuestra familia fue parte de ella.

—Dejó de ser tu familia cuando se fue —dijo irritada—. Dejó de ser tu familia incluso antes de que tú nacieras.

De modo que ahí estaba yo, una hija del oeste, donde la historia se marcaba en décadas, donde la historia de una mujer, su mismo nombre, se podía disolver como el calor que emana de la autopista, un feo vislumbre, el residuo inescrutabile de lo que ya había desaparecido.

Me mudé a Manhattan a los veintidós años. Al principio tenía grandes planes para Nueva York. Todos los tienen, me imagino. La primera vez que vi Manhattan, fue de visita a Tom en Columbia. Se había ido de casa, todo un adolescente airado con mechones azules en el pelo y una banda que se llamaba *The Hangovers*.^{*} Pero en su nueva vida, en esta nueva ciudad, se había vuelto muy correcto, todo un especialista en economía con una novia de nombre Susannah Fern Howe. Los padres de ella vivían en Newton y tenían otra casa en las afueras de Cape Cod.

—¿Como adonde iba mi mamá cuando era pequeña?

—En las *afueras* de Cape Cod —corrigió Tom—. Martha's Vineyard. Una isla. Es diferente.

Tom también había cambiado. En la secundaria había sido duro como la piedra y extremadamente irónico, tomándome el pelo por mi falta de mundo, haciendo vagas referencias a sus amigos y a lo confusos que estaban por sus experiencias sexuales. Ahora se había vuelto distante, cortés en mi compañía, como si los dos ya fuéramos adultos. Yo tenía diez años y él ya me estaba diciendo que Nueva York era una «ciudad inigualable», fuera lo que fuese lo que quisiera decir eso, al contrario que Los Ángeles. Sólo sabía que quería ir de compras al Village.

—De compras, claro —dijo, fingiendo ignorancia—. Algo de eso tenemos.

* *Hangover* quiere decir «resaca» en español. [N. de los E.]

A partir de entonces, *nosotros*. Él y la ciudad poseían cosas, las retenían.

Yo me había estado imaginando almacenes clásicos llenos de vestidos de gasa y de sandalias de cuero. Tom me llevó a la Quinta Avenida, donde el dinero que guardaba en mi monedero de plástico rosa no alcanzaba para comprarme nada.

—¿Y algo de estilo bohemio? —pregunté.

«Bohemio» era una palabra que había aprendido especialmente para este viaje. Terminamos en una calle llena de tiendas de descuento con monos de algodón, de los de cierres de metal ruidosos. Vaqueros amarillos por noventa y nueve centavos de dólar la unidad.

—Aquí tienes el Village —dijo—. ¿Ya eres feliz?

Me trasladé allí diez años después para probar que lo podía ser, feliz. Mi madre me había estado preguntando durante años —¿cuáles eran mis planes, mis objetivos?— pero no se me ocurría ninguna respuesta que fuera propiamente mía, que no fuera, por debajo de todo, una contestación a sus preguntas.

El problema no era darse cuenta de que Nueva York era diferente del lugar que había soñado que sería, sino más bien saber que *era* ese lugar, un lugar que todavía no había descubierto. Sabía que había tiendas clásicas como las que había imaginado, donde mujeres elegantes deslizaban sus largos dedos sobre faldas de encaje y metían sus pies en zapatillas de ballet curtidas por la intemperie para pavonearse caminando por duras aceras llenas de copos que relucían a la luz del sol. Era allí, en esa manzana. Seguía tratando de encontrarla.

Vivir en Nueva York parecía en sí mismo una carrera: simplemente estar allí, abriendo mis agallas al tesón y pulso de la ciudad. Los cafés estaban repletos de gente a la que había conocido en la universidad, donde me había entendido a mí misma más incisivamente, con los bordes perfilados por la presencia constante de otras personas: nuestras largas charlas en refectorios vacíos, nuestras cenas de fiesta con camarones blandos y arroz quemado. Hablábamos sin reservas, en debates y monólogos, y siempre había alguien que escuchaba.

Borracho, tal vez, pero escuchando. ¿Qué haríamos a continuación? Nos desparramábamos como un barniz por cientos de manzanas, por edificios de piedra rojiza.

Yo dormía en un cuarto que había sido un armario. Se podían ver aún los ganchos pintados donde había estado colgada la barra del guardarropa. Llegaba a casa tarde, ebria, y me acurrucaba en mi cama individual con un libro de poemas de Lorca sobre la ciudad: «Ellos son / Ellos son los que beben el *whisky* de plata junto a los volcanes / y tragan pedacitos de corazón por las heladas montañas del oso». Pasaba las noches preguntándome: ¿Quiénes son ellos? ¿Dónde bebían?

«Eres como tu padre», me dijo mi madre. «Haces toda una carrera de las cosas más insignificantes». No lo decía como un cumplido.

Mi padre, que ya no era su marido, había trabajado muchos años como asistente personal de un artista de nombre Enrico. Enrico era el líder no oficial de un grupo de artistas conocido como la Border School. «Rothko en el basurero», lo llamaban, porque recogía grandes montones de basura y los pintaba con un solo color o con un baño de dos. Sus obras se llamaban *Basurero 1*, *Basurero 2*, *Basurero 3*. Era un efecto asombroso —el color tan regular y vasto, la textura crujiente de la basura debajo—. Me hacían sentir un poco con mareo de barco, con ese vaivén de querer acercarme más y alejarme a la vez. A partir de entonces, siempre me pregunté: ¿Cuál era su finalidad, ese vértigo? Cambiaba un momento de tu vida y volvía a alejarse.

A fin de cuentas, mi madre me conocía mejor de lo que yo me conocía porque también yo me volví una asistente personal. Conseguí un trabajo con una periodista del Upper West Side, a quien yo llamaba la señorita Z. Ella tenía un verdadero nombre con más letras, pero nunca pareció del todo una persona real, no exactamente, y por eso usé la Z por sí sola. Gran parte de Nueva York parecía estar compuesta de esos tipos: ideas sobre gente que se había convertido en gente real, caminando de un lado a otro con vidas escritas como guiones

retorciéndose en sus tripas, cintas de telégrafo de palabras ridículas a la espera de ser dichas.

Todas las mañanas iba al apartamento de la señorita Z en la Setenta y uno, justo al lado del parque, y trabajaba en el desván que había encima de su salón. El mobiliario era feo y caro, tejidos pesados con gruesas borlas y cojines de brocado, sofás para mirar más que para sentarse en ellos. Pero había ventanas que iban desde el suelo hasta el techo con vistas al Ramble verde oscuro. Se podía ver cómo la gente vivía pequeñas aventuras, se les caía el helado y se peleaban con sus amantes.

La señorita Z escribía libros sobre cosas como mujeres que vivían el sexo, mujeres que se hacían mayores y mujeres mayores que vivían el sexo. Manejaba un circuito de clases bastante grande y yo le escribía sus conferencias. Entrevistaba a mujeres solteras inspiradas, a mujeres casadas inspiradas, a mujeres anoréxicas inspiradas y a mujeres suicidas inspiradas —o, mejor dicho, a mujeres que habían considerado el suicidio y lo habían descartado—. También le reservaba sus billetes en pequeños autobuses colectivos y sacaba dinero en efectivo de los cajeros automáticos para que pudiera pagar a sus varias mujeres de la limpieza, todas ilegales.

Un día a la señorita Z le hicieron una entrevista previa por teléfono para salir en la televisión. Era un programa de entrevistas sobre el envejecimiento. «¡Envejecer!». El nombre del programa iba entre signos de admiración.

Escuché su voz piando aforismos como letras de canciones por teléfono en el piso de abajo: «No se trata de mantenerse joven. Se trata de amar hacerse mayor».

Después me llamó para que bajara.

—Conciértame una cita para mi bótox —dijo—. No voy a la televisión sin ponérmelo.

Oí que decía esto y después, casi de inmediato, oí el eco de cómo yo lo repetía a otros. Y sí que lo repetí. Aquella noche y otras. Me puse tacones altos y caminé casi un kilómetro por las calles bajo la lluvia para ir a un cóctel debajo del puente de

Brooklyn. Llegué y abrí la boca para beber y hablar. «¿A que no sabes qué dijo mi jefa?».

Se lo conté a amigos, conocidos, extraños, cualquiera que estuviera dispuesto a escucharlo. No importaba si me conocían o no. La anécdota funcionaba en ambos sentidos. Esto era Nueva York. Contar historias no consistía en hablar con alguien en particular, era simplemente hablar. Te había sucedido algo que podía captar la atención de otra persona. Esa forma de hablar era muy solitaria. La verdad acerca de ser joven parecía un desagradable secreto que todos habían convenido guardar.

Todas las noches decía cosas como: «Hoy mi jefa y yo nos hemos emborrachado en la comida», «Hoy mi jefa ha estado en "¡Oprah!"», «Hoy me he gastado mil dólares en cestas de regalo», «Hoy he usado la palabra "otoñal" dos veces, y en ambas ocasiones estaba hablando con vendedores de tulipanes».

Los lugares en los que decía estas cosas importaban tanto como decirlos. Los hechos y sentimientos de mi vida eran sólo tan importantes como los lugares donde pillaban a mi garganta. El Pegu Club, el SKINnY, Milk and Honey, Marlow & Sons y el Slaughtered Lamb y Kettle of Fish y el Dove and Freemans y el lugar de las arepas junto a la Primera y un café llamado Think y un restaurante llamado Snack y un restaurante llamado Home.

Todos nos quedábamos hasta tarde porque sabíamos que eso era lo que se esperaba de nosotros, narrando las increíbles y elegantes aventuras de cobardes. Estirábamos nuestras vidas como chicle. Encontrábamos las graves y cómicas correlaciones entre nuestras vidas y las vidas de celebridades, la maldición de guerras injustas, el tercer mundo y sus líderes charlatanes, el planeta y sus distintos talones de Aquiles —los mares, la atmósfera—. Nos burlábamos y enseguida dejábamos de hacer bromas, bastante abruptamente, para demostrar que sabíamos tomarnos las cosas en serio. Comíamos bien. Hablábamos de la comida; hablábamos de la comida que no comíamos —en otros restaurantes, otros barrios—. Hablábamos de la tristeza, de cómo en realidad nunca la habíamos experimentado.

Hablábamos de genocidios que la gente había olvidado porque sólo hablaba del Holocausto. Hablábamos de nosotros, principalmente, y de con quién nos estábamos acostando.

Yo hablaba de Louis, un profesor casado que me alojaba, frase suya, de vez en cuando. Estúpidamente, me había enamorado de él. Él había escrito un libro sobre las primeras místicas femeninas, las que pasaban hambre y se infligían heridas, titulado: *¿Cómo encontró Julian a su [sic] Dios?* El me hacía preguntas sobre mis dos años de anorexia. Tres si se contaba otro año en el que no tuve el período.

—Era mi Dios mórbido —le dije. Así era yo, siempre dispuesta, deportiva.

—Eres joven —me dijo poniéndome la mano en la rodilla—. Pero deberías tomarte más en serio.

Les conté a mis amigos lo que me dijo y nos reímos. Ellos siempre me habían dicho precisamente lo contrario.

Había cosas que no le contaba a nadie. Hoy me puse a cuatro patas en el baño de la señorita Z para restregar las manchas de orina que había dejado su perro, que se estaba muriendo. Hoy vi a la señorita Z llorar como una ama de casa. Me retracto, dicho de otra manera: hoy me pagaron por ver llorar a una mujer mayor.

Comprimía mis días hábilmente convirtiéndolos en porciones de aperitivo. Trabajaba como asistente personal para una mujer con fama de tratar a la gente como si fuera imbecil, y ella me trataba a mí como una imbecil. No podía contar versiones ingeniosas de lo demás. En la oscuridad empecé a ocuparme de mi desfalleciente abuela. Ella no era inspiradora, no vivía el sexo ni trataba a nadie como a un imbecil. Simplemente se estaba haciendo vieja.

Iba a Grand Central después del trabajo, en días alternos, y tomaba el tren a Greenwich. Los vagones estaban atestados de viajeros con traje que regresaban del trabajo a sus casas a las afueras de la ciudad, de camino hacia sus permisos de doce horas, aflojándose la corbata. Junto a ellos, yo me dirigía

dando tumbos hacia las horas más difíciles de mi día: ayudar a la abuela Lucy a caminar para dar la vuelta a la manzana; prepararle Coronas con rodajas de limón, su único capricho; untarle cremas y pociones en el papel rizado de sus mejillas rosáceas.

Fuera de las ventanillas del tren, Connecticut se desplegaba en una interminable extensión de depósitos de madera y guetos de carga vallados, cementerios de autobuses inservibles y letrinas y orinales, todos los pecios del naufragio mitigados por la luz del crepúsculo repentino. A veces viajaba en el vagón-bar, donde los hombres bebían ansiosamente en vasos de plástico ginebra diluida para arrostrar los pleitos de sus mujeres y sus hijos. «¿Prefieres estar sola?», pensaba. «¿Seguro?». Me imaginaba a la abuela Lucy observando la puerta para verme entrar, posada como un pájaro en su silencioso apartamento lleno de colores: paredes amarillas, alfombra azul, sofá morado, tonos empalagosos que eran su única compañía.

Todos estos matices de color habían llegado con la edad —una concesión, quizás, al callado deseo de animarse en circunstancias solitarias—. Su antiguo salón en Los Ángeles tenía las paredes blancas y un sofá blanco, cubierto invisiblemente con el pelaje blanco de su gato blanco, Boo. Boo tenía un hermano de nombre Radley, un gato atigrado que se había ido a vivir con otros dueños unos meses después de que la abuela Lucy lo acogiera. Siempre me pregunté si lo habían echado de casa por culpa de ese sofá. Boo murió cuando yo tenía dieciséis años. La abuela Lucy guardaba sus cenizas en una caja de plata colocada detrás de su mejor objeto de porcelana.

Pasábamos las tardes viendo películas de espías y atracadores de bancos. Nos poníamos botas resistentes y caminábamos alrededor del aparcamiento. A ella le agradaba cómo me vestía y yo escogía mis prendas con cuidado: faldas amplias con grandes pañuelos floreados, blusas ribeteadas con lentejuelas o con bordados finos. «Eres dueña de ti misma, Stella», decía. «Eso me gusta». La verdad era que yo compraba en las tiendas que les habían gustado primero a otras personas o que

recomendaban blogueros de confianza. Pero valía la pena contribuir a dibujar una sonrisa en su rostro.

Aunque Lucy se esforzaba por mantener los fragmentos de su vida en orden, cada vez se estaba volviendo más difícil. Tomaba muchas pastillas pero no se sabía los nombres, sólo lo que hacían: «Ésta es para cuando mis palpitaciones son demasiado rápidas», decía. «Esta otra para cuando el corazón me da brincos». Dispuse las pastillas en pequeños compartimentos marcados con los días de la semana. Conocí su cuerpo a través del vapor del agua de la bañera: los moretones que le oscurecían los muslos, los pechos flácidos colgados como bolsas de plástico sobre el bulbo de su estómago. Lucy tenía la nariz larga, pareja y amplia, de perfil asertivo. Llevaba delineador rosa nacarado alrededor del borde de sus labios finos, pero no se lo podía pintar como es debido. El color se difuminaba hacia el interior del labio, como si se lo hubiera chupado hacia dentro. Desde que lo recuerdo, siempre le gustó el maquillaje. «Tu madre siempre fue bien parecida», me dijo una vez. «Pero parece que nunca se dio cuenta».

Lucy siempre había creído que si lograba hacer que su hija fuera diferente de ella, suficientemente diferente, se daría por satisfecha. Ahora tenía ochenta años y aún se preguntaba: ¿lo había logrado?

La abuela Lucy tenía un cuerpo que parecía fuerte y práctico. Costaba creer que ella había sido el origen de las facciones de mi madre: un marco impetuoso y chiquito, un conjunto de rasgos que parecían esculpidos en piedra. Cada parte de mi madre era delgada, hasta los dedos. Parecía que fuera a romperse por mil fisuras secretas.

Yo me parecía más a Lucy que a mi madre. Tenía una cierta belleza, pero para nada delicada. No inspiraba ganas de protegerme, más bien ganas de ver si iba a romperme. Era más alta que la mayoría de los hombres en la época en que tuve el período, más de un metro ochenta, y mi constitución era robusta y exigente. La única parte frágil eran mis ojos —azul claro y con frecuencia llorosos, generalmente con lágrimas—.